

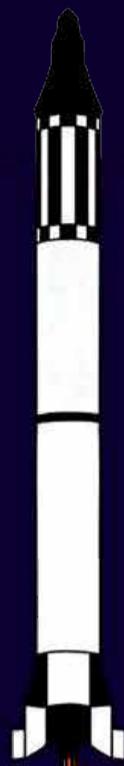
PELÍCULA

# Un pequeño paso que no fue



## **MERCURY 13**

Dirs. Heather Walsh y David Sington  
E.U., 2018, 63 min.



Las palabras del astronauta Neil Armstrong al poner pie en la Luna, el 20 de julio de 1969 han quedado grabadas en la mente de varias generaciones: "Es un pequeño paso para un hombre, un gran salto para la humanidad".

Pero la historia podría haber sido diferente, y con ella, la famosa frase. Al inicio de la carrera espacial hubo mujeres dispuestas y deseosas de participar en la arriesgada aventura de viajar hacia lo desconocido a bordo de una cápsula metálica. Pero a esas mujeres se les cerraron las puertas del espacio. El documental *Mercury 13*, dirigido por Heather Walsh y David Sington, rescata ese episodio, en un momento en que los viajes aeroespaciales vuelven a ser noticia.

En 1955, Estados Unidos y la Unión Soviética anunciaron sus intenciones de poner un satélite artificial en órbita lo antes posible, dando inicio a la llamada carrera espacial. La URSS tuvo una ventaja temprana: en 1957 puso en órbita el *Sputnik 1* y a la perra Laika, el primer animal en el espacio exterior.

En 1958, Estados Unidos arrancó el programa Mercury con el fin de realizar un vuelo espacial tripulado. Para ello era crucial determinar las características idóneas para los astronautas, y seleccionar a los candidatos. El doctor William R. Lovelace, experto en medicina de aviación, fue el encargado del reclutamiento. Los primeros astronautas fueron pilotos de guerra, con al menos 1,500 horas de vuelo, formación de ingeniería y 1.80 metros o menos de estatura. 32 voluntarios se presentaron y 7 de ellos fueron elegidos, luego de rigurosas pruebas. Los "Mercury

7", así llamados por el nombre del programa, ganaron fama inmediata, héroes de una nación envuelta en las competencias de la Guerra Fría.

En aquella época, la Fuerza Aérea estadounidense no permitía que las mujeres fueran pilotos de aviones de propulsión a chorro, lo que automáticamente las descartaba como astronautas. Sin embargo, Lovelace tenía la percepción de que tenían atributos físicos y emocionales que las hacían incluso más idóneas que los hombres astronautas.

Así, decidió poner en marcha un programa para probar las capacidades de las mujeres piloto y determinar si podían soportar los rigores del espacio. Lo hizo sin conocimiento de la NASA, la agencia estadounidense que encabezaba los esfuerzos aeroespaciales, y con el apoyo económico de Jackeline Cochran, que ya era en aquel momento una legendaria mujer piloto, y su marido, el poderoso industrial Floyd Odlum.

*Mercury 13* recorre, mediante entrevistas con algunas de las sobrevivientes y con familiares de aquellas que ya han fallecido, la historia de este programa. Wally Funk, Rhea Woltman, Sarah Ratley, Gene Nora Jessen y los familiares de Bernice Steadman y Janey Hart cuentan ante la cámara sus inicios en la aviación: los momentos de ilusión infantil al ver aviones en el aire, la lucha contra

## VE UN AVANCE DE *MERCURY 13*



la opinión generalizada de que aquella profesión no era para ellas, la emoción que sintieron cuando supieron del programa.

La primera etapa arrancó en 1960. Un total de 25 mujeres se sometieron a numerosas pruebas, que incluyeron, según los relatos, radiografías “de cada hueso”, pruebas de resistencia, exámenes de sangre y orina. Solamente 13 pasaron a la segunda etapa, de exámenes psicológicos. La prueba central consistía en la inmersión en un tanque de privación sensorial que, se suponía, asemejaba las condiciones que se vivirían en el espacio. Si los hombres astronautas habían resistido en promedio tres horas en ese tanque, Jerrie Cobb, una experimentada piloto y la primera en entrar

al programa, rompió todos los records al pasar nueve horas dentro. La evidencia a favor de las mujeres se acumulaba.

En abril de 1961, Yuri Gagarin se convirtió en el primer hombre en estar en órbita. La URSS iba de nuevo adelante en la carrera. Un mes más tarde, el estadounidense Alan Shepard repetía la hazaña.

En septiembre, la tercera fase del programa de mujeres astronautas estaba lista para arrancar. En una base militar en Florida, las 13 mujeres pasarían, por primera vez, por pruebas de resistencia a bordo de aviones supersónicos. En una entrevista de la época, le preguntaron a Cobb por qué creía necesario que las mujeres fueran

al espacio. "Es lo mismo que preguntar si hay necesidad de mandar a un hombre al espacio. Debemos mandar al que esté mejor calificado. Las mujeres tienen mucho que ofrecer en algunas áreas. Los hombres en otras, debemos mandar a ambos", respondió.

Pero la tercera fase nunca arrancó. Lovelace había viajado a Washington para presentar los resultados de las primeras etapas del estudio ante sus superiores. La respuesta de la NASA fue que el programa espacial no necesitaba mujeres astronautas. El esfuerzo de meses era descartado.

Mientras varias de las pilotos volvieron a sus antiguos trabajos, otras buscaron maneras de reactivar el programa. La carrera espacial seguía su curso. En febrero de 1962, John Glenn se convertía en el primer estadounidense en darle vuelta a la Tierra en órbita. Y en julio del mismo año, Jerrie Cobb y Janey Hart consiguieron que el Subcomité de Selección de Astronautas del Congreso estadounidense hiciera una audiencia sobre el programa de mujeres. Ahí, las mujeres defendieron vehementemente su importancia. "Me parece inconcebible que el mundo del espacio exterior deba estar restringido solo para los hombres", dijo Hart. Cobb, por su parte, afirmó: "Como ciudadanas del país, pedimos que se nos permita participar con seriedad y sinceridad en la construcción de la historia hoy, como lo hemos hecho en el pasado".

A las audiencias acudieron también los astronautas del programa Mercury.

John Glenn, héroe del momento, zanjó la cuestión así: "es un hecho que los hombres van y pelean las guerras y vuelan los aviones, y regresan y ayudan a diseñarlos, construirlos, probarlos. El que las mujeres no estén en este campo es un hecho de nuestro orden social." Y añadió, socarronamente, que si las mujeres podían probar que eran mejores que los hombres, les darían la bienvenida.

Según *Mercury 13* y otros recuentos de la época, no fueron sólo declaraciones como estas las que hundieron el programa. Jackeline Cochran, heroína de la aviación y cofinanciadora del programa del doctor Lovelace, dijo ante el Congreso que ella no creía que el programa hubiera sido cancelado por discriminación. Sin embargo, consideraba que la prioridad debía ser llevar a los hombres al espacio. Por otro lado, le preocupaba que el grupo de mujeres había sido demasiado pequeño, y que debían hacerse pruebas con un grupo más grande, "teniendo en cuenta el tiempo que va a llevar la investigación y la tasa natural de pérdida de personal entre las voluntarias debido a casamientos, hijos y otras causas".

En *Mercury 13*, las sobrevivientes especulan que Cochran se sintió presionada por los altos mandos del ejército, que le advirtieron que insistir en el programa de mujeres podía poner en riesgo toda la carrera espacial. O bien, se sintió traicionada por no estar entre las 13 del programa, aunque su edad le impedía formar parte del mismo. Lo

cierto, dicen, es que al final de su vida se arrepentía de aquellas declaraciones.

Apenas un año después, en junio de 1963, la rusa Valentina Tereshkova fue la primera mujer en el espacio. Aun entonces, el astronauta Gordon Cooper, otro de los héroes del programa Mercury, afirmó que una mujer podría haber tenido un lugar en el espacio: “podríamos haberla mandado en lugar del chimpancé”, dijo, refiriéndose a Enos, el simio de la misión Atlas 5, de 1961, ante las risas de una prensa mayormente masculina.

*Mercury 13* deja claro, con momentos como este, que la razón por la que el programa de mujeres en el espacio no siguió adelante fue, ante todo, el rechazo de los hombres que dirigían los destinos de la carrera espacial. Detrás de ese rechazo había una mezcla de ideas erróneas sobre las capacidades de las mujeres y, en no menor medida, temor de que las astronautas opacaran ese “pequeño salto para un hombre”. Este error tardó un tiempo en enmendarse.

La NASA abrió la puerta para que las mujeres pudieran ser astronautas en 1976. En 1983 –más de dos décadas después de los viajes de Gagarin, Glenn o Tereshkova–, Sally Ride fue la primera estadounidense en viajar al espacio. En 1995, Eileen Collins fue la primera en volar como piloto del transbordador espacial.

En el documental, Collins recuerda que las 13 del programa Mercury fueron una inspiración para ella. “Nunca

pensé que no podía hacerlo por no ser hombre”, recuerda. “Pensé: ‘voy a ser mujer astronauta’”. Las sobrevivientes del programa de 1961 estuvieron presentes en el lanzamiento de la primera misión como piloto de Collins, y fueron recibidas con aplausos por toda la concurrencia. Sarah Ratley dice: “nos sentimos redimidas”. Y en una reivindicación tardía, en 2021 Wally Funk se convirtió, a los 82 años, en la persona de mayor edad en viajar al espacio.

El tablero, indudablemente, se ha vuelto más parejo. Apenas a inicios de mayo pasado, Katya Echazarreta fue la primera mujer nacida en México en llegar al espacio, a bordo de una nave de la compañía Blue Origin. Y, como aventura Eileen Collins, la primera mujer en pisar Marte podría ser mujer.

Sin embargo, en este y en otros campos las mujeres siguen siendo sistemáticamente discriminadas y tienen menos oportunidades de desarrollo profesional que los hombres. Recordar eventos como los que cuenta *Mercury 13* debe servir para evitar que la historia se repita.

***Mercury 13* puede verse en Netflix.**



Este artículo fue publicado en el número 10 (julio / octubre 2022) del *Tamiz Cuatrimestral*

[Leer aquí](#)